

—¡Ah! ese bandido de Rabourdin también se halla mezclado en esto — se decía Dutocq asombrado de encontrar un rival en su jefe. — Él figura en el Estado mayor, mientras que yo voy á pie. Nunca lo hubiera creído.

A todos sus motivos de odio y aversión hacia Rabourdin, se unió la envidia del hombre de oficio contra un colega, que es uno de los ingredientes más violentos del odio.

Cuando Lupeaulx estuvo solo, se sumió en una extraña meditación. ¿De qué poder sería Rabourdin instrumento? ¿Sería preciso aprovechar aquel extraño documento para perderle, ó armarse de él para salir airoso con su mujer? Este misterio fué completamente oscuro para Lupeaulx, que recorría con espanto las páginas de aquel estado en el que los hombres que él conocía eran juzgados con una profundidad inaudita. Admiraba á Rabourdin, al mismo tiempo que se sentía herido por él en el corazón. La hora del almuerzo sorprendió á Lupeaulx en su lectura.

—Si no baja usted, el ministro tendrá que esperarle — fué á decirle el ayuda de cámara del ministro.

El ministro almorzaba con su mujer, con sus hijos, con Lupeaulx y con sus criados. La comida de la mañana es el solo momento que los hombres de Estado pueden aprovechar del incesante movimiento de sus continuas ocupaciones. Pero á pesar de las ingeniosas barreras con que defienden este momento de charla íntima y de ociosidad dedicado á su familia y á sus afectos, muchos, grandes y pequeños, saben franquearlas. Los negocios van á veces, como en este momento, á interrumpir sus goces.

—Yo creía á Rabourdin un hombre distinto de los empleados ordinarios, y he aquí que diez minutos después de la muerte del señor de la Billardiére inventa el modo de hacer llegar á mis manos por la Brière una verdadera carta de teatro. Tome usted — dijo el ministro á Lupeaulx, entregándole un papel que tenía en la mano.

Demasiado noble para pensar la torcida interpretación que la muerte del señor de la Billardiére podía dar á su carta, Rabourdin no la había retirado de manos de la Brière al saber por éste la noticia.

Lupeaulx leyó lo que sigue:

« Monseñor: Si veintitrés años de servicios irreprochables pueden merecer un favor, suplico á Su Excelencia que me conceda hoy mismo una audiencia, pues se trata de un asunto

en el que está empeñado mi honor. » Seguía después la fórmula ordinaria de terminar las cartas.

—¡Pobre hombre! — dijo Lupeaulx con un tono de compasión que dejó al ministro en su error. — Estamos entre nosotros, dígame usted que venga. Después de la sesión hay consejo, y Su Excelencia, que tiene que responder hoy á la oposición, no tiene más hora para recibirle que ésta.

Lupeaulx se levantó, llamó á un ordenanza, le comunicó una orden y volvió á sentarse á la mesa diciendo:

—Lo cito para los postres.

Como todos los ministros de la Restauración, el ministro era un hombre de edad. La constitución concedida por Luis XVIII tenía el defecto de atar las manos á los reyes obligándoles á entregar los destinos del país á los cuádragenarios de la cámara de diputados y á los octogenarios de la cámara de los pares, despojándoles del derecho de nombrar á un hombre de talento político cuando lo hallasen, á pesar de su juventud ó de la pobreza de su condición. Sólo Napoleón pudo emplear á jóvenes de su elección sin pararse en nada; así es que desde la caída de aquella gran voluntad, la energía había desertado del poder. Ahora bien: hacer suceder la molicie al vigor, es un contraste más peligroso en Francia que en ningún otro país. En general, los ministros viejos han sido medianos, mientras que los ministros jóvenes han sido la honra de las monarquías europeas y de las repúblicas cuyos destinos han dirigido. Aun resonaba en el mundo la lucha de Pitt y Napoleón, dos hombres que llevaron la política á la edad en que comenzaron á gobernar estados los Enrique de Navarra, los Richelieu, los Mazarino, los Colbert, los Louvois, los Orange, los Guisa, los La Rovère, los Maquiavelo, en fin, todos los grandes hombres conocidos salidos de abajo ó nacidos en los alrededores de los tronos. La Convención, modelo de energía, se componía en gran parte de hombres jóvenes: ningún soberano debe olvidar que supo oponer catorce ejércitos á Europa; su política, tan fatal á los ojos de los partidarios del poder llamado absoluto, no dejó de ser dictada por los verdaderos principios de la monarquía, pues obró como un gran rey. Después de diez ó doce años de luchas parlamentarias, después de haber alambicado la política y de haberse rendido de fatiga en ella, aquel ministro había sido verdaderamente entronizado por un partido que lo consideraba como su hombre de negocios.

Afortunadamente para él mismo, estaba más próximo á los sesenta años que á los cincuenta, pues si hubiese conservado algún vigor juvenil, pronto lo hubiera visto agotado; pero acostumbrado á luchar, á retirarse, á volver á la carga, podía dejarse combatir sucesivamente por su partido, por la oposición, por la corte, por el clero oponiéndoles la fuerza de inercia de una materia blanda y consistente á la vez. Torturado en mil cuestiones de gobierno, como lo ha sido el juicio de un abogado viejo después de haber defendido mil pleitos, su espíritu no poseía ya esa viveza que poseen los espíritus solitarios, ni esa rápida decisión de las gentes acostumbradas desde los primeros años á la acción y que se observa en los militares jóvenes. ¿Podía ser de otro modo? Había pleiteado con mala fe constantemente, en lugar de juzgar; había criticado los efectos sin atender á las causas, y tenía, sobre todo, la cabeza llena de mil reformas que un partido lanza á su jefe, de programas que los intereses privados llevan al orador de porvenir, llenándole de planes y de consejos impracticables. Lejos de llegar fresco, había llegado cansado de sus marchas y contramarchas; y después, al tomar la posición en la tan deseada cima, se había cogido á mil espinosos setos y había tropezado con mil voluntades imposibles de conciliar. Si los hombres de Estado de la Restauración hubieran podido implantar sus propias ideas, seguramente que no hubieran ofrecido tanto blanco á la crítica; pero si sus voluntades fueron arrastradas, su edad les salvó permitiéndoles desplegar esa resistencia que se sabe oponer al principio de la vida á esas intrigas bajas y elevadas á la vez que vencieron á veces á Richelieu, intrigas en que iba también á mezclarse Rabourdin, aunque en una esfera menos elevada. Después de las fatigas de las primeras luchas, aquella gente, menos viejos que envejecidos, tuvieron que soportar los malestares ministeriales; así es que sus ojos se empañaban ya cuando era necesaria la perspicacia del águila, y su espíritu estaba cansado cuando se hacía necesario redoblar las energías. El ministro á quien Rabourdin quería confiarse oía diariamente á hombres de indiscutible superioridad que iban á exponerle las teorías más ingeniosas aplicables ó no á los negocios de Francia. Estas gentes, que desconocían las dificultades de la política en general, asaltaban á este ministro al volver de una batalla parlamentaria, de una lucha con las secretas imbecilidades de la corte ó en la víspera de un combate con el

espíritu público, ó al día siguiente de una cuestión diplomática que había dividido al consejo en tres opiniones. En esta situación un hombre de Estado tiene que bostezar, como es natural, al oír la primera frase de todo proyecto encaminado á mejorar la cosa pública. Entonces no se daban comidas en que los especuladores más audaces ó los hombres de la política ó de la hacienda no resumiesen con una frase las opiniones de la Bolsa y de la Banca, las de la diplomacia y los planes que implicaba la situación de Europa. El ministro tenía, por otra parte, en Lupeaulx y en su secretario particular un pequeño consejo para pesarlo todo y para indagar y analizar los intereses que hablaban por medio de los más hábiles oradores. En efecto, su desgracia, que será la de todos los ministros sexagenarios, consistía en torcerse ante todas las dificultades: ante el periodismo, á quien se trataba de amortiguar sordamente en aquel momento, en lugar de aplastarlo francamente; ante la cuestión financiera como ante las cuestiones industriales; ante el clero como ante la cuestión de los bienes nacionales; ante el liberalismo como ante la cámara. Después de haber ganado el poder en siete años, el ministro creía poder ganarlo todo del mismo modo. Es tan natural querer mantenerse por los medios que sirvieron para elevarse, que nadie se atrevía á vituperar un sistema inventado por las medianías para agradar á los espíritus vulgares. La Restauración, lo mismo que la revolución polaca, han sabido demostrar á las naciones y á los príncipes lo que vale un hombre y lo que les ocurre cuando este hombre les falta. El último y el mayor defecto de los hombres de Estado de la Restauración, fué su honradez en una lucha en que sus adversarios empleaban todos los recursos de la pillería política, la mentira y las calumnias, desencadenando contra ellos por los medios más subversivos á las masas incultas, hábiles únicamente para comprender el desorden.

Rabourdin se había dicho todo esto; pero acababa de decidirse á jugarse el todo por el todo, como el hombre que cansado del juego aventura cuanto le queda á una sola postura. Ahora bien, la casualidad le procuraba un fullero por adversario en la persona de Lupeaulx. Sin embargo, por grande que fuese la sagacidad de Rabourdin, más sabia en administración que en óptica parlamentaria, no se imaginaba toda la verdad; no sabía que el gran trabajo que había ocupado toda su vida iba á convertirse en una teoría para el

ministro y que era imposible que el hombre de Estado no le confundiese con esos charlatanes que resuelven todos los problemas en la mesa de un café ó en el rincón del fuego.

En el momento en que el ministro se fué, en lugar de pensar en Rabourdin pensaba en Francisco Keller, y sólo estaba retenido por su mujer, que le ofrecía un racimo de uvas; el jefe de negociado fué anunciado por el ordenanza. Lupeaulx había contado ya con la disposición en que debía hallarse el ministro, preocupado con sus improvisaciones; así es que al ver al hombre de Estado hablando con su mujer, fué al encuentro de Rabourdin y lo petrificó con su primera frase.

—Su Excelencia y yo sabemos la causa de su preocupación y no tiene nada que temer —dijo Lupeaulx bajando la voz,—ni de Dutocq, ni de nadie—añadió en voz alta.

—No se apure usted, Rabourdin—dijo Su Excelencia con bondad, pero en actitud de retirarse.

Rabourdin se adelantó respetuosamente, y el ministro no pudo evitar su encuentro.

—¿Me permitirá Su Excelencia que le diga dos palabras aparte?—dijo Rabourdin dirigiendo al ministro una mirada misteriosa. El ministro miró el reloj y se dirigió á la ventana, adonde le siguió el pobre jefe.

—¿Cuándo podré tener el honor de someter el asunto á Su Excelencia, á fin de explicarle el nuevo plan de administración del que formaba parte el documento sustraído?

—¡Un plan de administración! (dijo el ministro frunciendo las cejas é interrumpiéndole).—Si tiene usted algo de ese género que comunicarme, espere usted á que trabajemos juntos. Hoy tengo consejo y he de contestar en la cámara acerca del incidente que la oposición promovió ayer al final de la sesión. El miércoles próximo será su día; ayer no trabajamos, porque ayer no podía ocuparme de los asuntos del ministerio. Los asuntos políticos han perjudicado á los asuntos puramente administrativos.

—Deposito mi honor con confianza en manos de Su Excelencia—dijo gravemente Rabourdin—y le suplico que no olvide que no me ha dado tiempo para una explicación inmediata con motivo del documento sustraído.

—Pero no tema usted nada—dijo Lupeaulx interponiéndose entre el ministro y Rabourdin, á quien interrumpió.—Antes de ocho días será usted nombrado.

El ministro se echó á reír al pensar en el entusiasmo de Lupeaulx por la señora Rabourdin y le hizo una seña á su mujer, la cual se sonrió. Rabourdin, sorprendido de todo aquel juego mudo, procuró averiguar su significación, y como hubiese dejado de mirar algún momento al ministro, éste lo aprovechó para marcharse.

—Hablaemos juntos de todo eso —dijo Lupeaulx, ante el cual se encontró solo el jefe de negociado, aunque no sin sorpresa.—Pero no se enfade usted con Dutocq, yo le respondo de él.

—La señora Rabourdin es una mujer encantadora—dijo la señora del ministro á Rabourdin por decirle algo.

Los niños miraban con curiosidad á Rabourdin, el cual esperaba algo solemne y estaba como un pez gordo cogido entre las mallas de una red insignificante, luchando consigo mismo.

—Es favor que me dispensa la señora condesa—balbuceó.

—¿No tendré yo el gusto de verla algún miércoles?—dijo la condesa.—Yo le agradeceré que me la traiga usted algún día.

—La señora Rabourdin recibe los miércoles—dijo Lupeaulx que conocía la insignificancia de los miércoles oficiales.

—Pero ya que usted se muestra tan bondadosa, tengo entendido que dará usted en breve una velada íntima.

La mujer del ministro se levantó contrariada.

—Usted es mi maestro de ceremonias—le dijo la condesa á Lupeaulx.

Palabras ambiguas con las que expresó la contrariedad que le causaba Lupeaulx invitando á nadie á sus veladas íntimas, en las que no admitía más que á personas escogidas. La mujer del ministro saludó á Rabourdin y se fué. Lupeaulx, y el jefe de negociado se encontraron, pues, solos en el saloncito donde el ministro almorzaba en familia. Lupeaulx tenía en la mano la carta confidencial que la Brière había entregado al ministro, carta que Rabourdin reconoció en seguida.

—Usted no me conoce aún bien—le dijo al jefe de negociado sonriéndole.—El viernes por la noche acabaremos de entendernos. En este momento tengo que dar audiencia por el ministro, el cual tiene que prepararse para la cámara; pero, se lo repito á usted, Rabourdin, no tema nada.

Rabourdin bajó lentamente las escaleras, confundido por el extraño aspecto que tomaban las cosas. Se había creído denunciado por Dutocq y no se engañaba; Lupeaulx tenía en sus manos el estado en que tan severamente era juzgado, y sin embargo Lupeaulx acariciaba á su juez. La cosa era para llenar de confusión á cualquiera. Las gentes de rectitud comprenden difícilmente las intrigas embrolladas, y Rabourdin se perdía en aquel laberinto sin poder adivinar la conducta del secretario general.

—O no ha leído el artículo referente á él, ó ama á mi mujer.

Tal fué la opinión última del jefe de negociado al atravesar el patio, opinión motivada por el recuerdo de la mirada que había sorprendido la vispera entre Celestina y Lupeaulx. Durante la ausencia de Rabourdin, sus oficinas habían sido, como es natural, presa de una agitación violenta, porque en los ministerios las relaciones entre los empleados y los superiores están tan bien reguladas, que cuando el ordenanza del ministro va de parte de Su Excelencia al despacho de un jefe de negociado, sobre todo á la hora en que el ministro no está visible, se hacen grandes comentarios. La coincidencia de este recado con la muerte del señor de la Billardiére dió por otra parte una importancia inusitada á este hecho, que el señor Saillard supo por el señor Clergeot, moviéndole á ir á conferenciar con su yerno. Bixiou, que trabajaba entonces con su jefe, le dejó hablar con su suegro y se trasladó á las oficinas de Rabourdin, donde los trabajos estaban interrumpidos.

BIXIOU, *entrando*

Señores, no hace gran calor aquí. Ustedes no saben lo que pasa abajo. El virtuoso Rabourdin está hundido, ó destituido; ha habido una escena horrible en el despacho del ministro.

DUTOCQ, *mirando á Bixiou*

¿Es verdad?

BIXIOU

¿A quién puede disgustar esto? No será á usted ciertamente, que será nombrado sub-jefe, ni á Bruel, que pasará á ser jefe. El señor Baudoyer pasa á dirigir la división.

FLEURY

Apuesto cien francos á que Baudoyer no será nunca jefe de división.

MEUX

Yo acepto la apuesta. ¿La acepta usted también, señor Poiret?

POIRET

Yo me retiro el primero de Enero.

BIXIOU

¡Cómo! ¿No veremos ya más sus zapatos con cordones? ¿Y qué será entonces del ministerio sin usted? ¿Quién entra en la apuesta conmigo?

DUTOCQ

Yo no puedo entrar, porque apostaría sin riesgo. El señor Rabourdin ha sido nombrado, porque el señor la Billardiére lo ha recomendado en su lecho de muerte á los dos ministros, acusándose de haber cobrado el sueldo de una plaza cuyo trabajo hacia Rabourdin. Ha tenido escrúpulos de conciencia, y salvo órdenes superiores, le han prometido nombrar á Rabourdin para calmarle.

BIXIOU

Señores, pónganse ustedes todos contra mí; aquí son siete, porque usted también entrará, ¿verdad, señor Phellion? Apuesto una comida de quinientos francos en el Rocher de Cancale á que no le dan á Rabourdin la plaza de la Billardiére. La cosa no les costará ni cien francos á cada uno, puesto que yo arriesgo quinientos. Ya ven que la ventaja es grande. ¿Está? ¿Entra usted también, Bruel?

PHELLION, *dejando la pluma*

Caballero, ¿en qué funda usted esa proposición aleatoria, porque aleatoria es la frase? pero me engaño al emplear el término *proposición*, es *contrato* lo que yo quería decir. La apuesta constituye un contrato.

FLEURY

No, porque no se puede dar el nombre de contrato más

que á los convenios reconocidos por el código, y el código no concede acción ejecutiva á la apuesta.

DUTOcq

Es reconocerla el proscribirla.

BIXIOU

No está mal eso, mi pequeño Dutocq.

POIRET

¡Caramba!

FLEURY

Es justo. Es como el que se niega al pago de sus deudas, que las reconoce también.

THUILLER

Están ustedes hechos unos famosos jurisperitos.

POIRET

Tengo tanta curiosidad como el señor Phellion por saber en qué razones se apoya el señor Bixiou...

BIXIOU, *gritando*

¿Entra usted también, Bruel?

BRUEL, *presentándose*

¡Pardiez! señores, tengo que hacer una cosa verdaderamente difícil, el reclamo por la muerte del señor de la Billardière. ¡Por favor! un poco de silencio, después se reirán ustedes y apostarán.

BIXIOU, *yéndose al despacho de Bruel*

Es verdad, Bruel; el elogio del buen hombre es cosa bien difícil; preferiría hacer su caricatura.

BRUEL

¡Ayúdame, Bixiou!

BIXIOU

No tengo inconveniente, aunque esa clase de artículos se hacen mejor comiendo.

BRUEL

Comeremos juntos. (*Leyendo*).  
*La religión y la monarquía pierden todos los días algunos de los que combatieron por ellas en los tiempos revolucionarios...*

BIXIOU

Mal. Yo pondría:

*La muerte ejerce especialmente sus estragos entre los defensores más viejos de la monarquía y los servidores más fieles del rey, cuyo corazón destila sangre al recibir estos golpes.* (Bruel escribe á toda prisa.) *El señor barón Flamet de la Billardière ha muerto esta mañana de una hidropesta de pecho, causada por una afeción al corazón.*

¿Ves? conviene probar que hay corazón en las oficinas. ¿Sería conveniente introducir ahí un pequeño comentario acerca de las emociones de los realistas durante el terror? ¡Pse! no estaría mal; pero no, porque luego vendrían los periódicos diciendo que las emociones han afectado más á los intestinos que al corazón. No hablemos de eso. ¿Qué has puesto?

BRUEL, *leyendo*

*Oriundo de una vieja cepa parlamentaria...*

BIXIOU

Está bien, es poético eso, y cepa es una gran verdad.

BRUEL, *continuando*

*Donde la abnegación por el trono era hereditaria, así como el apoyo á la fe de nuestros padres, el señor de la Billardière...*

BIXIOU

Yo pondría el señor barón.

BRUEL

¡Pero si no era barón en 1803!

BIXIOU

Es igual. Ya sabes que en tiempo del Imperio, contando

Fonché una anecdota acerca de la Convención en la que Robespierre le dirigió la palabra, la contaba de este modo: «Robespierre me dijo: Duque de Otranto, irá usted al Hotel de la Ville.» De modo que hay un precedente.

BRUEL

Déjame anotar esa frase. Pero no pongamos barón, porque yo reservo para el final el decir los favores que ha recibido.

BIXIOU

¡Ah! bueno. Ese será el golpe final, el resumen del artículo.

BRUEL

¿Ve usted?...

*Al nombrar al señor de la Billardière barón, hidalgo ordinario...*

BIXIOU, *aparte*

Sí, muy ordinario.

BRUEL, *continuando*

*De la cámara, etc., el rey recompensó al mismo tiempo los servicios prestados por el preboste, que supo conciliar el rigor de sus funciones con la mansedumbre debida á los Borbones y el valor vendeano y que no ha inclinado nunca la cerviz ante el ídolo imperial. Deja un hijo heredero de su abnegación y de sus talentos, etc.*

BIXIOU

¿No estará demasiado subido de tono y demasiado rico en colores? Yo rebajaría un poco esa poesía: ¡el ídolo imperial! ¡inclinarse la cerviz! ¡Diablo! veo que el teatro estropea el estilo hasta el punto de olvidar la pedestre prosa. Yo pondría: *pertenecía al pequeño número de los que*, etc. Simplifica, se trata de un hombre simple.

BRUEL

Otra frasecita de zarzuela. Bixiou, tú harías tu fortuna en el teatro.

BIXIOU

¿Qué has puesto acerca de Quiberon? (*Lee.*) No es esto. Yo lo redactaría de este modo:

*Asumió en una obra publicada recientemente todas las desgracias de la expedición Quiberon, dando así ejemplo de una abnegación que no retrocedía ante ningún sacrificio.*

Esto es fino y ocurrente, y tú salvas á la Billardière.

BRUEL

¿A expensas de quién?

BIXIOU, *serio como un cura que sube al púlpito*  
De Hoche y de Tallien. ¿No conoces esta historia?

BRUEL

No. Estoy suscrito á la colección de los Baudouin, pero no he tenido aún tiempo para abrirla. No veo en eso ningún asunto para el teatro.

PHELLION, *en la puerta*

Señor Bixiou, todos nosotros deseáramos saber qué es lo que puede moverle á creer que el virtuoso y digno Rabourdin, que hace de interino en la división hace nueve meses, que es el jefe de negociado más antiguo del ministerio y que ha sido llamado por el ministro, no será nombrado jefe de división.

BIXIOU

Papá Phellion, ¿conoce usted la geografía?

PHELLION

Creo que sí.

BIXIOU

¿Y la historia?

PHELLION, *con aire modesto*

Tal vez.

BIXIOU, *mirándole*

Tiene usted mal puesto el afiler de la corbata y se le va

á caer. Pues bien, usted no conoce el corazón humano y está usted tan atrasado en esta materia como en los alrededores de París.

POIRET, *en voz baja á Vimeux*

¡Los alrededores de París! Yo creía que hablaban del señor Rabourdin.

BIXIOU

¿Apuesta en contra mía toda la oficina de Rabourdin en peso?

TODOS

Sí.

BIXIOU

¿Usted también, Bruel?

BRUEL

Ya lo creo. Todos estamos interesados en que nuestro jefe ascienda, porque de ese modo todos ascenderemos un grado.

BIXIOU

Apuesto, pues, y he aquí la razón. Dificilmente la comprenderán ustedes, pero, en fin, la diré. Es justo que el señor Rabourdin sea nombrado (*mira á Dutocq*), porque en él la antigüedad, el talento y el honor están reconocidos, apreciados y recompensados. Es más, el nombramiento interesa á la administración. (*Phellion, Poiret y Thuiller escuchan sin comprender y están como gentes que tratan de ver claro en las tinieblas.*) Ahora bien, á causa de todas estas conveniencias y de estos méritos, reconociendo cuan equitativa es la medida, yo apuesto á que no tendrá lugar. Sí, abortará como han abortado las expediciones de Bolonia y de Rusia, en las que el genio procuró reunir el mayor número de probabilidades de éxito. Abortará como aborta aquí abajo todo lo que parece justo y bueno. Yo me pongo de la parte del diablo.

BRUEL

Pues ¿quién será nombrado?

BIXIOU

Cuanto más miro á Baudoyer, más me convenzo de que

reúne las cualidades contrarias, y, por consiguiente, él será jefe de división.

DUTOCQ, *exasperado*

Pues el señor de Lupeaulx, que me mandó llamar para pedirme mi Charlet, me ha dicho que el señor Rabourdin iba á ser nombrado y que el pequeño la Billardière pasaba de refrendario á Gracia y Justicia.

BIXIOU

¡Nombrado! ¡nombrado! El nombramiento no se firmará hasta dentro de diez días. Se nombrará para Año nuevo. Ahí tienen ustedes, miren á su jefe en el patio y díganme si el virtuoso Rabourdin tiene cara de un hombre que goza del favor ó si le creerían ustedes destituido. (*Fleury corre hacia la ventana.*) Adiós, señores, voy á anunciar al señor Baudoyer el nombramiento del señor Rabourdin, y esto le hará rabiar un poco, y después le contaré nuestra apuesta para reanimarle. Esto es lo que nosotros llamamos en el teatro una peripecia. ¿No es verdad, Bruel? ¿Qué me importa? Si gano me nombrará subjefe. (*Salte.*)

POIRET

Todo el mundo le atribuye talento á este hombre y yo no puedo comprender nunca sus razones. (*Sigue revolviendo papeles.*) Le escucho, oigo palabras y no le saco sentido: habla de los alrededores de París con motivo del corazón humano y... (*deja la pluma y se va hacia la estufa*) dice que se pone de parte del diablo con motivo de las expediciones de Rusia y de Bolonia. En primer lugar, sería preciso admitir que el diablo juegue, y á qué juego... (*Se suena.*) Yo veo en primer lugar el dominó.

FLEURY, *interrumpiéndole*

Son las once, el padre Poiret se suena.

BRUEL

¡Ya! Me voy á escape á secretaría.

POIRET

¿En qué estaba yo?

THUILLER

*Dominó, al señor;* pues se trata del diablo, y el diablo es un soberano sin constitución. Pero esto parece prestarse al equívoco. Por lo demás... (*Sebastián entra para recoger circulares á firmar.*)

VIMEUX

¿Ya está usted aquí, guapo mozo? Me parece que pronto se le acaban las penas, al fin tendrá usted sueldo. ¡El señor Roubourdin será nombrado! Usted estaba ayer en la reunión de la señora Roubourdin, ¿verdad? ¡Qué feliz es usted pudiendo ir á esos sitios! Dicen que hay mujeres soberbias.

SEBASTIÁN

No sé.

FLEURY

¿Es usted ciego?

SEBASTIÁN

No me gusta mirar lo que no podría tener.

PHELLION, *encantado*

Muy bien dicho, joven.

VIMEUX

¿Qué diablo! bien le gustará á usted mirar á la señora Roubourdin, que es una mujer encantadora.

FLEURY

¡Bah! no tiene muy buenas formas. La he visto en las Tullerías, y preferiría mil veces á Percillíée, la bailarina, la víctima en *Castaing*.

PHELLION

Pero ¿qué tiene que ver una actriz con la mujer de un jefe de negociado?

DUTOQC

En que ambas representan comedias.

FLEURY, *mirando á Dutocq de reojo*

El físico no tiene nada que ver con la parte moral, y si usted entiende que...

DUTOQC

Yo no entiendo nada.

FLEURY

¿Quieren ustedes saber qué empleado será nombrado jefe de negociado?

TODOS

Diga usted.

FLEURY

Colleville.

THUILLER

¿Por qué?

FLEURY

La señora Colleville ha acabado por tomar el camino más corto... el de la sacristía.

THUILLER, *secamente*

Soy demasiado amigo de Colleville para dejar de rogarle, señor Fleury, que no hable ligeramente de su mujer.

PHELLION

Las mujeres no debieran ser nunca objeto de nuestras conversaciones, toda vez que no tienen ningún medio de defensa.

VIMEUX

Con tanta más razón, cuanto que la bonita señora Colleville no ha querido recibir á Fleury y que éste la denigra por venganza.

FLEURY

No ha querido recibirme del mismo modo que á Thuiller; pero he ido...



## THUILLER

¿Cuándo?... ¿dónde?... ¿debajo de sus ventanas?

Aunque Fleury era temido en las oficinas por su valentía, aceptó silenciosamente la última palabra de Thuiller. Esta resignación, que sorprendió á los empleados, tenía por causa una letra de doscientos francos, de firma bastante dudosa, que Thuiller tenía que presentar á la señorita Thuiller, su hermana. Después de esta escaramuza reinó un profundo silencio. Todo el mundo trabajó desde la mañana hasta las tres. Bruel no volvió.

A eso de las tres y media, los preparativos de la salida, la limpieza de los sombreros, el cambio de vestidos, se operan simultáneamente en todas las oficinas del ministerio. Esta media hora, empleada en pequeños cuidados domésticos, ¡abrevia tanto la sesión! En este momento las habitaciones demasiado caldeadas se entibian, el olor particular de las oficinas se evapora, el silencio vuelve. A las cuatro no quedan más que los verdaderos empleados, los que toman su profesión en serio. Un ministro puede conocer á los empleados trabajadores de su ministerio dando una vuelta por sus oficinas á las cuatro en punto, espionaje que ninguno de estos personajes se permite.

A aquella hora, varios jefes se detuvieron en los patios para cambiar impresiones acerca del acontecimiento del día. La generalidad, yéndose de dos en dos, de tres en tres, acababan en favor de Rabourdin; pero los hombres de experiencia como Clergeot, movían la cabeza diciendo: *Habent sua sidera lites*. Todo el mundo evitó cortésmente el encuentro de Saillard y de Baudoyer, pues nadie sabía qué decirles acerca de la muerte de la Billardiére, y comprendían que Baudoyer podía desear la plaza, aunque no se la merecía.

Cuando el yerno y el suegro estuvieron á cierta distancia del ministerio, Saillard movió la cabeza diciendo:

—Esto va mal para ti, mi pobre Baudoyer.

—No comprendo en qué piensa Isabel, que ha empleado á Godard en buscar á toda prisa un pasaporte para Falleix —respondió el jefe.—Godard me ha dicho que ha alquilado una silla de posta, siguiendo la opinión de mi tío Mitral, y á estas horas Falleix está en camino para su país.

—Sin duda para alguna cosa de nuestro comercio —dijo Saillard.

—El comercio que más prisa corre ahora para nosotros es la plaza del señor de la Billardiére.

En este momento se hallaban en la calle de Saint-Honoré, donde Dutocq se les acercó, y saludándoles le dijo á Baudoyer:

—Señor, si puedo serle á usted útil en algo en las circunstancias en que se halla, disponga usted de mí, pues no le soy menos adicto que el señor Godard.

—El ofrecimiento de usted es al menos consolador—dijo Baudoyer—porque ve uno que cuenta con la estimación de las personas honradas.

—Si usted se dignase emplear su influencia para colocarme á su lado como subjefe, tomando á Bixiou como jefe, haría usted la fortuna de dos hombres capaces de todo por usted.

—¿Se burla de nosotros, señor mío?—dijo Saillard abriendo desmesuradamente los ojos.

—Lejos de mí ese pensamiento—dijo Dutocq.—Vengo de la imprenta del periódico de llevar de parte del señor secretario general cuatro líneas acerca de la Billardiére, y el artículo que he leído allí me ha hecho formar excelente concepto acerca del talento de usted. Cuando sea preciso acabar con Rabourdin, yo puedo darle un golpe fatal, y le ruego que se digne acordarse de mí.

Dutocq desapareció.

—Que me cuelguen si comprendo palabra—dijo el cajero mirando á Baudoyer, cuyos ojillos demostraban una extraña estupefacción.—Será preciso mandar á buscar el periódico esta noche.

Cuando Saillard y su yerno entraron en el salón del piso bajo, encontraron un gran fuego, y en torno de él á la señora Saillard, á Isabel, al señor Gaudron y al cura de san Pablo. El cura se volvió hacia el señor Baudoyer, á quien su mujer hizo una seña de inteligencia que éste no comprendió.

—Señor—dijo el cura,—he querido apresurarme á venir para darle á usted las gracias por el magnífico regalo con que ha embellecido usted mi pobre iglesia. Yo no me atrevía á empeñarme para comprar esa hermosa custodia, digna de una catedral. Usted, que es uno de nuestros más piadosos y asiduos feligreses, debió quedar más sorprendido que

nadie de la desnudez de nuestro altar mayor. Dentro de algunos momentos iré á ver á monseñor el coadjutor, el cual no tardará en darle á usted pruebas de su satisfacción.

—Yo no he hecho nada aún... dijo Baudoyer.

—Señor cura—respondió su mujer cortándole la palabra,—yo puedo revelar su secreto por entero. El señor Baudoyer cuenta acabar su obra regalando un palio para la próxima fiesta del Corpus; pero esta adquisición depende un tanto del estado de nuestros bolsillos, y nuestro bolsillo depende de nuestro ascenso.

—Dios recompensa á los que le honran—dijo el señor Gaudron retirándose con el cura.

—¿Por qué no nos honran ustedes participando de nuestra pobre comida?

—Quédese usted, mi querido vicario—dijo el cura á Gaudron.—Usted ya sabe que yo estoy invitado por el señor cura de San Roque, que entierra mañana al señor de la Billardiére.

—¿Puede recomendarnos el señor cura de San Roque?—preguntó Baudoyer, á quien su mujer tiró violentamente de los faldones de la levita.

—¿Quieres callarte, Baudoyer?—exclamó llevándole á un rincón para decirle al oído:—Tú has regalado á la parroquia una custodia que cuesta cinco mil francos. Ya te lo explicaré todo.

El avaro Baudoyer hizo una mueca horrible y permaneció pensativo durante toda la comida.

—Pero ¿por qué te has movido tanto con motivo del pasaporte de Falleix? ¿En qué te metes tú?—le preguntó al fin.

—Me parece que los negocios de Falleix y los nuestros son una misma cosa—respondió secamente Isabel, dirigiendo una mirada á su marido para indicarle al señor Gaudron, ante el cual tenía que callar.

—Seguramente—dijo el padre Saillard pensando en su comandita.

—Supongo que habrá usted llegado á tiempo á la redacción del periódico—preguntó Isabel á Gaudron, al mismo tiempo que le servía un plato.

—Sí, querida señora—respondió el vicario.—Tan pronto como el director del periódico vió la letra del secretario del gran limosnero, no opuso la menor dificultad. La noticia se da en el lugar más conveniente, nunca lo hubiera creído;

pero ese joven del periódico tiene una inteligencia muy aguda. Los defensores de la religión podrán combatir la impiedad sin desventaja, pues hay muchos talentos en los periódicos realistas. Todo me hace pensar que el éxito coronará las esperanzas de ustedes. Pero piense usted, mi querido Baudoyer, en proteger al señor Colleville, por quien se interesa Su Eminencia, hasta el punto que me recomendó que le hablase á usted de él.

—Si yo soy jefe de división, le nombraré jefe de negociado de mis oficinas, si así se desea.

La solución del enigma llegó cuando la comida hubo acabado. La hoja ministerial comprada por el portero contenía los dos artículos siguientes.

«El señor barón de la Billardiére ha muerto esta mañana después de larga y dolorosa enfermedad. El rey pierde un servidor adicto y la Iglesia á uno de sus más piadosos hijos. El fin del señor de la Billardiére ha coronado dignamente su hermosa vida, consagrada por entero en los tiempos malos á peligrosas misiones, y de poco tiempo á esta parte á las funciones más difíciles. El señor de la Billardiére fué gran preboste durante mucho tiempo en un departamento donde su carácter triunfó de los obstáculos que la rebelión hacia nacer. Había aceptado una dirección ardua en la que sus talentos no fueron menos útiles que la amenidad francesa de sus modales para resolver las cuestiones graves que en ella se presentan. Jamás recompensas han sido mejor merecidas que aquellas con que el rey Luis XVIII y Su Majestad se complacieron en premiar una fidelidad que no había vacilado en tiempos del usurpador. Esta antigua familia revivirá en un retoño heredero de la abnegación y de los talentos del hombre excelente cuya pérdida aflige á tantos amigos. Su Majestad ha hecho saber ya que contaba al señor Benjamín de la Billardiére entre el número de los hidalgos ordinarios de la cámara.

»Los numerosos amigos que no hayan recibido esquela ó aquellos que no la hayan recibido á tiempo, sepan que las exequias se harán mañana á las cuatro en la iglesia de San Roque. El discurso será pronunciado por el abate Fontanon.»

«Don Isidoro Baudoyer, representante de una de las familias más antiguas de la burguesía parisiense y jefe de negociado en la división la Billardière, acaba de recordar las viejas tradiciones de piedad que distinguían á aquellas grandes familias tan celosas del esplendor de la religión y tan amigas de sus monumentos. La iglesia de San Pablo carecía de una custodia que estuviese en armonía con la magnificencia de esta basílica, debida á la compañía de Jesús. Ni la fábrica ni el cura eran bastante ricos para adornar el altar mayor. El señor Baudoyer ha regalado á esta parroquia la custodia que muchas personas habían admirado en casa del señor Gohier, platero del rey. Gracias á este hombre piadoso, que no ha reculado ante la enormidad del precio, la iglesia de San Pablo posee hoy esa obra maestra de plata, cuyos dibujos son debidos al señor de Somervieux. Nos complacemos en hacer público un hecho que demuestra cuán vanas son las declamaciones del liberalismo acerca del espíritu de la burguesía parisiense. En todos los tiempos la burguesía fué realista, y así lo seguirá probando cuando la ocasión se presente.»

—El precio era de cinco mil francos—dijo el abate Gaudron;—pero por el hecho de pagarlo al contado, el platero ha moderado sus pretensiones.

—*¡Representante de una de las familias más antiguas de la burguesía parisiense!*—decía Saillard.—Y esto está impreso, y en un periódico oficial nada menos.

—Mi querido señor Gaudron, ayude usted á mi padre á buscar alguna frase para decírsela al oído á la señora condesa al llevarle la paga del mes, una frase que suene bien. Voy á dejarles á ustedes. Tengo que salir con mi tío Mitral. ¿Creerán ustedes que me ha sido imposible encontrar á mi tío Bidault? ¡Y en qué perrera vive! Por fin, el señor Mitral, que conoce sus costumbres, me dijo que ha acabado su trabajo entre ocho y ocho y media, y que pasada esta hora sólo se le puede hallar en un café llamado *Café Themis*, un nombre extraño.

—¿Se trasladó allí la justicia?—dijo el abate Gaudron riéndose.

—¿Cómo irá á un café situado en la esquina de la calle de la Delfina y del muelle de los Agustinos? Me han dicho

que juega allí todas las noches al dominó con su amigo el señor Gobseck. No quiero ir allí sola, y por eso llevo á mi tío para que me acompañe.

En aquel momento apareció Mitral con su cara amarilla, provisto de su peluca que parecía hecha con grama é hizo señas á su sobrina de que fuese, á fin de no disipar un tiempo que se pagaba á dos francos la hora. La señora Baudoyer salió, pues, sin explicar nada á su padre ni á su marido.

—El cielo ha dado á usted en esa mujer un tesoro de prudencia y de virtudes, un modelo de juicio, una cristiana que posee un entendimiento divino—dijo el señor Gaudron á Baudoyer cuando Isabel se hubo marchado.—Sólo la religión forma caracteres tan completos. Mañana diré la misa por el éxito de la buena causa. En interés de la monarquía y de la religión, es preciso que usted sea nombrado. El señor Rabourdin es un liberal suscrito al *Journal des Débats*, periódico funesto, que hace la guerra al señor conde de Chateaubriand. Su Eminencia leerá esta noche el periódico, aunque sólo sea con motivo de su pobre amigo el señor de la Billardière, y monseñor el coadjutor le hablará de usted y de Rabourdin. Yo conozco al señor cura: cuando se piensa en su querida iglesia, no olvida á nadie en sus sermones. Ahora bien, en este momento tiene el honor de comer con el coadjutor en casa del señor cura de San Roque.

Estas palabras empezaban á hacer comprender á Saillard y á Baudoyer que Isabel no había permanecido ociosa desde el momento en que Godard la había avisado.

—¡Qué astuta es esa Isabel!—exclamó Saillard apreciando con más precisión que el cura el rápido camino de topo recorrido por su hija.

—Isabel ha enviado á Godard á la puerta del señor Rabourdin á saber el periódico que recibía éste—dijo Gaudron.—Y yo se lo he dicho al secretario de Su Eminencia, pues estamos en un tiempo en que la iglesia y el trono deben saber muy bien quiénes son sus amigos y quiénes sus enemigos.

—Hace ya cinco días que busco una frase para decírsela á la mujer de Su Excelencia—dijo Saillard.

—Todo París lee esto—exclamó Baudoyer, cuyos ojos estaban fijos en el periódico.

—Sí, pero ese elogio nos cuesta cuatro mil quinientos francos, hijo mío, dijo la señora Saillard.

—Han embellecido ustedes la casa de Dios—respondió el abate Gaudron.

—Sí, pero también podíamos salvarnos sin eso—repuso.—Si Baudoyer obtuviese la plaza, vale ocho mil francos más, y el sacrificio no sería grande. Pero ¿y si no se la dan? ¡Ay madre mía!—dijo mirando á su marido,—¡qué sangría!

—¡Bah!—dijo Saillard entusiasmado—ya lo recobramos con Falleix, que va ahora á extender sus negocios sirviéndose de su hermano, á quien ha hecho expresamente agente de cambio. Bien podía habernos dicho Isabel por qué se ha ido tan aprisa Falleix. Pero busquemos la frase. Yo he encontrado ya esta: *Señora, si usted quisiese decir dos palabras á Su Excelencia...*

—¿*Quisiese?*—dijo Gaudron—*se dignase*, para hablar más respetuosamente. Por otra parte, es preciso saber ante todo si la Delfina les concede á ustedes su protección, porque entonces podría usted insinuarle la idea de cooperar á los deseos de Su Alteza Real.

—Sería preciso designar también la plaza vacante—dijo Baudoyer.

—*Señora condesa*—repuso Saillard levantándose y mirando á su mujer con amable sonrisa.

—¡Jesús! Saillard, ¡qué raro estás de ese modo! Pero, hijo mío, ten cuidado, porque le vas á hacer reír á esa mujer.

—*Señora condesa...* ¿Estoy mejor así?—dijo mirando á su mujer.

—Sí, hermoso mío.

—*La plaza del digno difunto señor La Billardière está vacante; mi yerno, el señor Baudoyer...*

—*Hombre de talento y eminentemente piadoso*—apuntó Gaudron.

—Escribe, Baudoyer—gritó el padre Saillard,—escribe la frase.

Baudoyer tomó sencillamente una pluma y escribió sin ruborizarse su propio elogio, enteramente lo mismo que lo hubiesen hecho Nathan ó Canalis al dar cuenta de uno de sus libros.

—*Señora condesa...* ¿Ves?—dijo Saillard á su mujer,—yo supongo que tú eres la mujer del ministro.

—¿Te figuras que soy tonta? Ya lo veo—respondió su mujer.

—*La plaza del digno difunto el señor de la Billardière*

*está vacante; mi yerno, el señor Baudoyer, hombre de un talento consumado y eminentemente piadoso...*

Después de haber mirado al señor Gaudron, que reflexionaba, añadió:

—... *se consideraría muy feliz si la obtuviese.* ¡Ah! me parece que no está mal esto; es breve y lo dice todo.

—Pero, hombre, Saillard, espera, ¿no ves que el señor abate está pensando?—le dijo su mujer.

—*Se consideraría muy feliz si usted se dignase interesarse por él*—repuso Gaudron,—*y al recomendar el asunto á Su Excelencia, favorecería especialmente á la señora Delfina, por la cual tiene el honor de ser protegido.*

—¡Ah! señor Gaudron, esa sola frase ya vale la custodia y ya siento menos los cuatro mil quinientos francos.—Por otra parte, dime, Baudoyer, tú los pagarás, ¿verdad, hijo mío? ¿Has escrito?

—Te haré repetir esa frase y me la recitarás mañana y tarde—dijo la señora Saillard.—Sí, está muy bien hallada esa frase. ¡Qué feliz es usted siendo tan sabio, señor Gaudron! He aquí lo que es estudiar en los seminarios, donde enseñan á hablar á Dios y á sus santos.

—Es tan bueno como sabio—dijo Baudoyer estrechando la mano al sacerdote.—¿Ha sido usted el que ha redactado el artículo?—le preguntó enseñándole el periódico.

—¡No!—respondió Gaudron,—esta redacción es del secretario de Su Eminencia, un joven sacerdote que me debe muchos favores y que se interesa por el señor Colleville. Yo le he pagado algún tiempo la pensión en el seminario.

—Una buena obra siempre tiene su recompensa—dijo Baudoyer.

Mientras que estas cuatro personas se sentaban á la mesa para jugar al boston, Isabel y su tío Mitral llegaban al café Themis, después de haber hablado por el camino del medio que Isabel consideraba la palanca poderosa para torcer la mano del ministro. El tío Mitral, antiguo alguacil muy ducho en trampas, expedientes y precauciones judiciales, consideró que el honor de la familia estaba interesado en el triunfo de su sobrino. La avaricia le hacía sondar la bolsa de Gigonnet, sabía que esta herencia pasaría á su sobrino Baudoyer, y por consiguiente, deseaba una posición en armonía con la fortuna de los Saillard y de Gigonnet, las cuales irían á parar todas á la pequeña Baudoyer. ¿Qué cosa no podría